

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 402– martes 12 de enero de 2021

Los trozos de España

Emilio Álvarez Frías

No son pocos los que están empeñados en que España quede repartida en trozos, como si fuera uno de los roscones de Reyes que hace unos días nos hemos zampado con gusto y placer, a pesar de la pandemia, o por ello mismo. Hay gustos para todo en cómo se han de partir esos trozos, si han de llevar el haba o el fetiche, o sin aditamento complementario alguno. Miguel Iceta, ese pelele que anda por Cataluña manejando los asuntos del PSOE, que ahora le cede los trastos a Salvador Illa, confiesa que aunque ahora lo hagan ministro del Gobierno de España premiando sus servicios, él mantiene que Cataluña es una nación; lo que también salvaguarda el nuevo candidato al gobierno de Cataluña por el mismo partido, Salvador Illa, quien ha manifestado que «no hay nada peor que sentirse exiliado en tu propio país» (entiéndase, Cataluña). Respecto a Cataluña, tras los señalados, o por delante, está la retahíla de siglas que mantienen la nacionalidad de esta tierra que otrora fue adelantada en las conquistas españolas por el mundo, defendiendo su bandera con la sangre de sus gentes. En paridad de intención están los vascos que hacen su guerra particular de forma distinta, con sus valientes gudarís asesinando cerca de mil españoles en la miserable batalla mantenida para que los que no se manchaban las manos de sangre recogieran tranquilamente las nueces. Y menos arriscados andan otros por Galicia, con parecidas intenciones, y no faltan los que asoman ligeramente las uñas por otros lugares. Pero hay una parte más doliente hasta ahora, desde 1713, la tienen los ingleses: Gibraltar. Si bien en 1704 Sir George Rooke, con una potente flota angloholandesa tomó, en nombre del archiduque Carlos la Roca, no es menos cierto que se convirtió en un acto de piratería ya que los ingleses se asen-

En este número:

- ✚ **Los trozos de España**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **¿Y tú me lo preguntas? Democracia... ¡soy yo!**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Instituciones entrañables, pero...**, *Enrique del Pino*
- ✚ **La actual dictadura cultura: el progreso hacia la nada**, *Carlos Daniel Lasa*
- ✚ **Gibraltar. Un paraíso fiscal circula libremente por España**, *La rebelión de la granja*
- ✚ **La mayor locura**, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ **Menos sensiblería y más artillería**, *Eduardo García Serrano*
- ✚ **De corderos, vales y otros fascismos**, *Jesús Laínz*

taron en ella sin pedir permiso, consiguiendo que mediante el Tratado de Utrecht «la ciudad y el castillo de Gobierno junto con su puerto, defensas y fortalezas les pertenecieran». Y, mientras los españoles miraban para otro lado, y se entretenían en conflictos internos, los ingleses se fueron apoderando de otras zonas no previstas en el Tratado, como el istmo, las aguas adyacentes y espacio aéreo suprayacente. Terminada la Guerra Civil, se iniciaron las reclamaciones al respecto, siendo sus adalides, junto al ministro de Asuntos Exteriores Fernando de Castiella, José Félix de Lequerica, Manuel Aznar y Jaime de Pinies, representantes ante la ONU, quienes fueron arrancando acuerdos de la ONU a favor de España aunque Inglaterra jamás los cumplió. El primer mandato de la ONU es de 1946 respecto a que la Roca debería ser descolonizada, con reiteraciones anuales. En 1960 se exigió la soberanía recogiendo la resolución del Comité de Descolonización de la ONU de que los moradores del peñón no eran otra cosa que colonos. Reconociendo posteriormente la CEE a Gibraltar como territorio especial de la UE. Toda la insistencia durante aquellos años probablemente fue considerada como fascista tras la transición, por lo que se abandonó totalmente la reclamación de la Roca, abriendo las puertas del Peñón, dando facilidades a los ingleses para que anduvieran de aquí para allá a su gusto y con los trapicheos de blanqueo de capitales, contrabando de tabaco y de lo que fuera menester. Incluso les permitimos la construcción del aeropuerto sobre territorio español con la condición de que fuera compartido y jamás, al parecer, España ha hecho uso de él ni para que aterrizara allí el Falcon con Pedro Sánchez en una de sus escapadas a no se sabe qué. Y ahora, para más inri, en lugar de mantener la frontera con todas sus complejidades como ha quedado entre la UE e Inglaterra en virtud de los acuerdos tras el brexit, los colonos del Peñón ya pueden ir conquistando el resto de España a su gusto, empezando por las zonas de recreo más apetecidas de Andalucía, lo que ya venían haciendo.

Estos son nuestros gobernantes. El presidente del Gobierno da lo que sea con tal de seguir en La Moncloa, sin que le molesten demasiado, y disfrutando de los bienes nacionales; el vicepresidente y cabecilla de Podemos sacando adelante todas sus martingalas comunistoides para convertir España en un cercado de indigentes con unos superhombres bárbaros, indocumentados, ignorantes, dictadores hasta las entrañas, y depredadores de lo ajeno en beneficio propio.

Que Dios nos castigue si lo consentimos, pues nos lo habremos ganado a pulso por mentecatos.

Para echar un trago de agua, aunque hoy no apetece demasiado por culpa de la nieve y el frío que ha venido a complementar los desastres de la pandemia del covid-19, traemos un botijo que no está mal, pero que tiene la particularidad de contar con tres pitorros. ¿Seremos capaces de beber de este botijo sin mojarnos? Pudiera ser que no tal como andamos de menso.



¿Y tú me lo preguntas? Democracia... ¡soy yo!

Manuel Parra Celaya

No, no teman que este artículo de primeros de año comente ad nauseam el divertido sainete protagonizado por Iceta y su pupilo Illa, merecedor de que alguien le ponga músicaailable para amenizar estos tiempos, entre el temor y el tedio, de la segunda o tercera ola, vayan ustedes a saber por qué número vamos...

Tirando por elevación y al filo de la actualidad, me voy a referir a la especial situación tensa que viven los Estados Unidos de América, que ha dejado de ser comedia para adquirir tintes de tragedia, ya que se han dado víctimas mortales. La cuestión, más allá de la desdichada anécdota, es que todo el *Sistema* en bloque –neoliberalismo, nueva y vieja izquierda y, especialmente, Wall Street– echaron las campanas al vuelo cuando el recuento dio la victoria a Biden, frente a las protestas de Trump, ese curioso personaje, niño díscolo del propio Sistema que se alegra infinito de su derrota.

El complicado sistema electoral estadounidense me impide opinar –como un tertuliano cualquiera– sobre si ha habido pucherazo o si, por el contrario, ha presidido los resultados de los comicios una estricta *pureza democrática*; tampoco es que me resulten o no especialmente simpáticos los contendientes, el vencedor y el derrotado, más bien me traen al fresco. Lo digno de estudio –no hace falta llegar al psicoanálisis– es la resonancia que está teniendo la pugna entre los políticos españoles.



Por supuesto, y como era de esperar, el Gobierno español y sus aliados han estallado en entusiasmo, y sus parabienes y aplausos a Biden han sido ensordecedores; no le han ido a la zaga los políticos de la oposición, tanto de la derecha como de ese centro que sabemos sin saber qué demonios es. Unos y otros se han mostrado obedientes a las consignas del Sistema del que forman parte, como debe ser.

Pero, cuando la situación en aquellas tierras se ha recrudecido, con miles de manifestantes asaltando el Capitolio, ningún político español ha dudado en volcar contra su adversario feroces dicerios con base a curiosos paralelismos en la historia de la *democracia* española. De esta forma, unos han recordado piadosamente las convocatorias podemitas para el asalto y ocupación del palacio de la Carrera de San Jerónimo y sobre el intento de ocupación del Parlamento de Cataluña por las huestes del radicalismo separatista, hoy firme apoyatura del Gobierno español; otros, confiados en ser siempre los depositarios de la verdad y de la *democracia*, han echado mano retrospectiva de aquel extraño golpe de Estado del 23-F. Unos y otros han señalado con el dedo, sin duda alguna, a los culpables sempiternos: esa nebulosa extrema-derecha, culpable en Washington, en Madrid o en Vitigudino, de cualquier desafección a la *democracia*.

Ha sido curioso constatar cómo los medios y sus enviados especiales en la capital americana repetían las mismas palabras, las mismas expresiones y *consignas*; el recurrente unánime era siempre la *democracia*, de la que Trump era el enemigo declarado, por más que los manifestantes dijeran también defenderla.

El término *democracia* es, para variar, el arma arrojada, aquí y allá, contra el oponente: yo soy demócrata y tú un golpista; no sería mala idea que alguna mente sagaz –quizás de ese *comité de expertos*– inventara un *democratómetro*, para disipar por fin las dudas...

En España llevamos años acostumbrados a este latiguillo, después de tantas décadas en que todo, para ser valorado, tenía que llevar añadido el marchamo de *democrático*: jue-

ces y judicatura, educación, Ejército, instituciones públicas y privadas, asociaciones deportivas..., conciencias y mentes. Recordamos que el golpismo separatista en Cataluña se hacía en nombre de la *democracia* de las urnitas del 1-O, mientras que los *constitucionalistas* acusaban de *antidemócratas* a los que incendiaban las calles de Barcelona y de Gerona.

Con esta profusión de usos y atribuciones del término *democracia*, muchos han llegado a dudar del concepto que encierra: o no existe o, de quedarle algo de significado, está completamente devaluado. En plan más optimista, sigo afirmando –y conmigo voces en todo el mundo mucho más autorizadas que la mía– que Occidente vive en una *falsa democracia*, puramente de forma, que requiere a voces una autenticación, es decir, volverse auténtica.

Pero, de momento, he optado por una solución de compromiso; echando mano de la célebre rima del poeta, cuando alguien me invoca la democracia como argumento último, me limito a decirle: *¿Y tú me lo preguntas? Democracia... isoy yo!* La razón es que el que invoca el nombre de la democracia en vano no suele mirar –como en la rima de Bécquer– a los ojos, a la *pupila azul*.

Instituciones entrañables, pero...

Enrique del Pino

Tengo un amigo que se tiente la ropa cada vez que tiene que pisar las baldosas de un banco. El caso es que se ve obligado a hacerlo cada treinta días, más o menos, pues necesita retirar de su cartilla el importe de la pensión que el Estado le deposita en cumplimiento de una ley, pero mentiría si dijera que acude a la cita con la sonrisa en el semblante. Al contrario, mientras guarda la cola en mitad de la calle, que es la novedad de hoy, no sea que el virus inunde la sala interior (poco importa que esté lloviendo o el frío impere a la intemperie), recuerda a los colegas de su condición de otros países del centro y norte de Europa, como Suecia o Luxemburgo, beneficiados por montos cercanos a los dos mil euros. Es un sarcasmo, pero qué le va a hacer, sino resignarse. En realidad, ha llegado a la conclusión que esta es una nación de resignados.



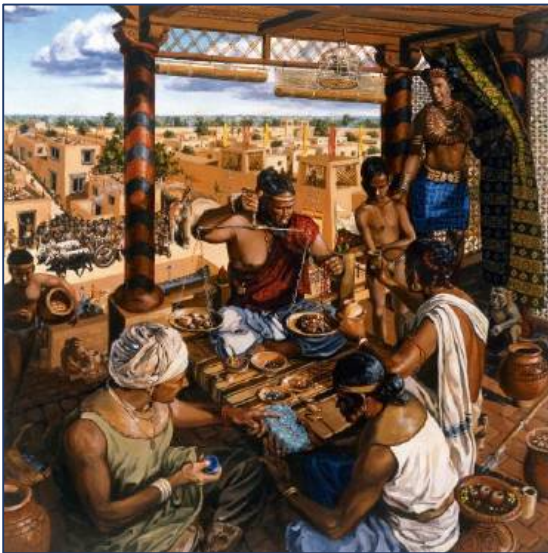
Pacientemente, cuando llega a la ventanilla, la señorita o el caballero que le atienden apagan sus sinsabores, pues estos empleados suelen ser personas educadas y han sido adiestradas para dar satisfacciones. Pertenecen a entidades casi familiares, donde el usuario tiende a sentirse en casa. No ha pasado mucho tiempo desde que zangolotear por esas instalaciones equivalía a pasar la mañana entre ollas a presión y cacharros de cocina, expuestos como reclamos para quien tuviese la debilidad de abrirse una cuenta al tanto por ciento; hoy, como las costumbres han cambiado y estos núcleos de entretenimiento cada día son menos, por los muchos que van cerrando, han inventado una atracción especialmente golosa, las cafeterías. Ir a un banco es como acu-

que le atienden apagan sus sinsabores, pues estos empleados suelen ser personas educadas y han sido adiestradas para dar satisfacciones. Pertenecen a entidades casi familiares, donde el usuario tiende a sentirse en casa. No ha pasado mucho tiempo desde que zangolotear por esas instalaciones equivalía a pasar la mañana entre ollas a presión y cacharros de cocina, expuestos como reclamos para quien tuviese la debilidad de abrirse una cuenta al tanto por ciento; hoy, como las costumbres han cambiado y estos núcleos de entretenimiento cada día son menos, por los muchos que van cerrando, han inventado una atracción especialmente golosa, las cafeterías. Ir a un banco es como acu-

dir a un bar. Es posible que, dentro de algún tiempo, entre ventanilla y ventanilla, podamos comprarnos unos zapatos.

Lo dicho: no hay banco que se precie que no reciba el cariño de los ciudadanos. Sabemos que «son de los nuestros», gentes como nosotros, con sus alegrías y sus penas, que trabajan a sueldo y al cabo, si los confinamientos no lo impiden, se van de vacaciones, incluso los jubilados que cobran la pensión miserable que les transfiere el Estado, hasta que deje de transferírselas. Por esto me resulta difícil comprender a mi amigo, tan reacio a sentir simpatías por los pobrecitos bancos. Creo que aún no ha meditado en profundidad sobre este asunto. En vez de repudiarlos, debería amarlos, quererlos un poco, darles un poco de confianza, cuidar de ellos. Cuando le vea, que será pronto, le diré, con la mejor intención, que afine un poco en sus dilecciones, en sus simpatías, en sus amores mundanos.

Emplearé los mejores argumentos para decirle que sus fobias no tienen nada que ver con esos bancos humildes, tan servidores nuestros, tan caseros, tan prestos a hacernos



la vida agradable, tan solícitos cuando se les reclama, tan condescendientes cuando se les exige. Añadiré que su desprecio es producto de una confusión; por supuesto, lo que él llama los bancos es, solemnemente, la Banca. Sí, la Banca, esa cosa abstracta que planea sobre su cabeza, en realidad sobre todas las cabezas que hay en el mundo. Ese ente que no tiene rostro ni voz ni ojos pero que está ahí, como un estafermo y cobra movimiento cuando sopla el viento. Le diré a este amigo mío que no confunda los términos. Le diré, también, que repase un poco la historia y, si puede, también la filosofía, pues es posible que no se haya enterado que estas instituciones vienen de antiguo, de muy antiguo. Desde que la gente se valía de animales y abalorios para intercambiarlos. Después, los metales y, desde los griegos, ya

hubo personas que se especializaron en el toma y daca de los dineros. Hasta que, andando siglos, los Fuger y los March, se autodenominaron banqueros al servicio de los Estados. Hasta hoy, cuando los que quedaban fueron a la cárcel. En vista de lo cual, dejaron el apellido en el arcón y se apuntaron a la mascarilla. O sea, al anonimato. Los banqueros se metamorfosearon y dieron paso a la Banca.

Una extraña realidad que tiene profundas raíces.

Porque también desde la Grecia antigua el mundo se ha debatido entre dos polos. Mientras mi caballo fuera este, tan manso, tan fiel, tan de crines fuertes, todo fue bien, pero cuando apareció la caballería la cosa se complicó. Porque ya nunca supe cuál era mi caballo y ahí se torció el rumbo. La aparición de los universales, que tanto dio que hablar a los escolásticos, originó que aparecieran en el horizonte fuerzas oscuras, misteriosas y hasta macabras, sibilamente empeñadas en marcar las lindes entre las iras y las paces. Y en esas estamos.

Me viene a la memoria, para terminar, una escena de la inolvidable película «Los mejores años de nuestra vida», oscarizada varias veces, cuando tres que regresan de la II Guerra Mundial, tres héroes que vuelven a su patria, no hallan lo que esperaban. Uno de ellos, que trabaja en un banco (Frédéric March), se ve en el trance de conceder o no un crédito a un usuario, pero el tal no tiene garantías. ¿Garantías? El empleado que lo es del banco

entiende, viendo en los ojos del otro que su mirada es el mejor aval posible, y humanamente preocupado, se lo concede. Eso le cuesta su carrera, es decir su empleo, pues una voz instalada en las alturas le dice que ellos no son una institución de caridad, sino un banco. Es decir la Banca! Es una película que merece la pena ser vista. Lo digo yo.

La actual dictadura cultural: el progreso hacia la nada

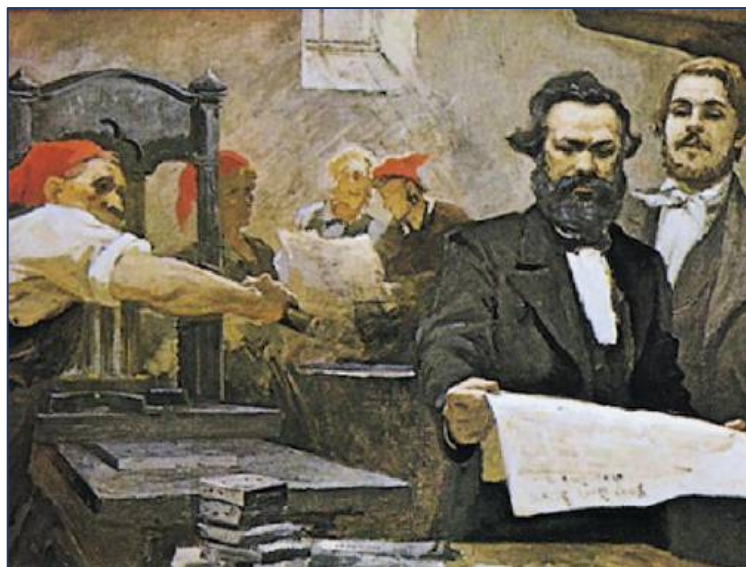
Carlos Daniel Lasa (*La Prensa*)

Doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Córdoba (Argentina).

El filósofo francés Michel Onfray es bastante conocido dentro del mundo de habla hispana. Muchas de sus obras han sido traducidas. Incluso ha sido referenciado frecuentemente por el progresismo vernáculo. Como siempre, sus obras despiertan admiración y repudio a la vez. Quizás esta última a la que me voy a referir se trate del segundo caso.

En efecto, Onfray publicó, el pasado año, su *Théorie de la dictature précédé de Orwell et l'Empire maastrichien* (París, Editions Robert Laffont). En este escrito afirma que hoy, en los países democráticos, se ha establecido una nueva dictadura.

Esta dictadura a la que hace referencia se caracteriza por los aspectos que siguen. Ellos son: destruir la libertad, empobrecer la lengua, abolir la verdad, suprimir la historia para poder reescribirla a voluntad, negar la naturaleza y propagar el odio.



El común denominador de este nuevo mundo progresista es su fuerte componente nihilista. Refiere el autor, conocido por su confesado ateísmo: «El progresismo se ha transformado en la religión de una época privada de experiencias de lo sacro, se ha convertido en la esperanza de estos tiempos desesperados, de una civilización sin fe».

¿Cómo se ha llegado a esta situación de barbarie cultural?

El pensador francés expresa que, luego de 1969 (cuando De Gaulle deja la presidencia), el poder político francés se parte en dos. Por un lado, los seguidores de De Gaulle; por el otro, los simpatizantes de los comunistas. Los primeros se quedan con la economía y las competencias estatales; los segundos (obviamente) con la cultura.

Estos últimos conquistan el monopolio cultural a la par que empiezan a crear un relato. Poniendo en sordina su colaboración con el régimen nazi durante la ocupación, inventan que fueron fusilados 75.000 hombres del partido. Estos serían, de acuerdo a la nueva historia, los verdaderos héroes antinazis.

Como nota pintoresca, Onfray refiere que este mismo partido comunista era contrario al aborto y a la contra-concepción en virtud de no querer que la mujer comunista fuera conducida a transitar la vida disoluta de los burgueses.

Sin embargo, este poder político-cultural durará poco tiempo. Después de 1968, las filosofías estructuralista y deconstructivista comienzan a hacerse hegemónicas.

Idea vs realidad

Para el estructuralismo, refiere Onfray, la idea es más verdadera que la realidad. Esta desnaturalización opera en el lenguaje con Barthes, en la antropología con Levi-Strauss, en psicología con Lacan, en la historia con Althusser, en la sexualidad con Foucault, en la racionalidad con Deleuze, en el ámbito de la verdad con Derrida. El nihilismo deconstructivista, pues, reemplaza al materialismo dialéctico.

Ahora bien: el principal enemigo de esta dictadura cultural es el pensamiento. El que pretenda pensar de modo diferente se convierte en un sospechado. ¿Cuándo sucede esto? Cuando alguien pretende pensar por sí mismo y comienza a ver la realidad de las cosas. Cuando se decide a dar el nombre justo a esas cosas. Cuando afirma que las verdades serán siempre verdades.



Como podrá advertirse, solo el poder dictatorial progresista puede determinar qué es y qué no es

verdad.

La nueva dictadura reprime a través del aparato jurídico, dictando leyes favorables al nuevo absolutismo. Al propio tiempo, lleva a cabo una revolución cultural. Esta última se hace efectiva instrumentalizando a los medios de comunicación, empobreciendo la lengua y reescribiendo la historia. Será necesario, a tal efecto, crear una nueva lengua con el objetivo de reducir la gama de pensamientos.

«Modernización»

De este modo, el pensar peligroso morirá porque carecerá de palabras para expresarse. Esta nueva lengua, bajo el imperativo de la «modernización», hará imposible que el hombre pueda acceder al pensamiento clásico. Al destruir la posibilidad de la memoria se podrá inventar un nuevo sistema simbólico acorde a la dictadura progresista.

Este ataque a la lengua, nos dice Onfray, comienza en la escuela. La propia escuela procedió a destruir un método de lectura que había probado su eficacia a través de muchas generaciones. Luego, lo reemplazó por sistemas sacados de las ciencias de la educación: métodos dañinos para los alumnos puesto que rompen los mecanismos de leer, escribir, contar y pensar.

A su vez, se desalentó completamente la memoria. El objetivo, para el filósofo francés es claro: «Construir seres adultos vacíos y chatos, estériles y privados de profundidad, totalmente compatibles con el proyecto post-humano».

Onfray califica a este régimen progresista de «descerebrado». Crece el analfabetismo, incluso en aquellos que han superado la enseñanza superior. Los profesores leen menos

y se encuentran incapacitados para entender textos de cierta complejidad. Por esta razón refiere: «Esta aversión en relación al libro y a lo escrito, en relación al autor, a la ortografía, al estilo, a la gramática, a la sintaxis, a la literatura, a las obras maestras, a los clásicos, pero también el vocabulario, ha permitido formar una cadena de gente ignorante y sin instrucción, gente analfabeta y atrasada. Es bueno buscar entre esos militantes de la ignorancia a los pedagogos de los niños de hoy y de los adultos del mañana. ¿Qué cosa hay de mejor en la carrera de un solo imbécil en la instrucción pública para construir una, dos, directamente tres generaciones de imbéciles?».



La historia no queda indemne. Esta ya no se construye gracias a las obras de estudiosos que trabajan sobre archivos, documentos y testimonios. Los nuevos «historiadores» creen que la verdad ya ha sido pre-confeccionada por algunas personas avaladas por la dictadura progresista.

Las cuestiones de género o del sexo no se ponen más

en términos de naturaleza sino de cultura. Y afirma sin ambages: «Que la naturaleza se ponga a la cultura es la primera estupidez que impide pensar».

Finalmente, esta ideología opresiva y progresista cultiva y alienta el odio. «Nuestra época es la época del odio», dice. Es contraria a la tolerancia. La tolerancia solo debe tenerse en cuenta para con los progresistas, o sea, para con aquellos que piensan del mismo modo. El alma de estos progresistas ha convertido al vicio en virtud.

Moneda de intercambio

Gracias a la desaparición de la moral tradicional, el odio pasa a ser la moneda de intercambio. Usando el descrédito de las personas, se cancelan discusiones, se oblitera el intercambio de ideas, se taponan toda posibilidad de diálogo. Refiere Onfray: «En el ámbito de la cultura postmoderna, el odio es reservado a quien no se arrodilla delante de las verdades reveladas de la religión que se autoproclama progresista».

Como cierre de este lúcido y valiente escrito, concluye: «No estoy tan seguro de querer ser progresista. Y creo que ni siquiera el burro Benjamín de *Rebelión en la granja* lo hubiese querido ser».

Gibraltar. Un paraíso fiscal circula libremente por España

La rebelión de la granja

La política mediática de los grandes poderes ha hecho que los españoles vivan en estado permanente de shock, pero sin capacidad de reacción alguna. Sabemos que la sucesión de desastres políticos y de felonías no puede llevar a puerto bueno alguno, pero no hacemos nada. El país se ha convertido en una sociedad integrada por seres indolentes incapacitados para la acción. La última prueba es la catástrofe política

y económica que el futuro de Gibraltar supondrá para España, sin que nadie si quiera se moleste en pensar las consecuencias.

El Gobierno de Sánchez (que ya parece Godoy) ha vendido el principio de acuerdo con el Reino Unido consistente en «derribar la verja» como un éxito de las libertades y la normalización de relaciones. En Gibraltar llevamos cediendo más de 200 años, pero lo que nunca había hecho España era levantar las manos y decir «que sea lo que Dios quiera».

Lo primero que debe señalarse es que la prioridad de la política exterior española respecto a Gibraltar no debe ser facilitar la vida a sus habitantes mediante cesiones continuas,



sino recuperar la soberanía española sobre el Peñón y fortalecer la posición de España en cada proceso de negociación para llegar con mayores posibilidades al siguiente.

El Ministerio de Rajoy logró, con ocasión del Brexit, un acuerdo histórico con la Unión Europea, que daba una enorme fortaleza a España: España logró incluir la negociación del nuevo estatus de Gibraltar en el contexto del acuerdo general de la UE con el RU, reconociendo así Bruselas el derecho de veto de España.

Sin embargo, este gobierno «godoyista» aceptó incomprensiblemente sacar la negociación de tal marco y negociar bilateralmente con Londres, sin apoyo comunitario. El resultado es que se ha perdido una oportunidad histórica para avanzar en la justa reivindicación española de recuperar la soberanía. Ni siquiera se contemplan fórmulas intermedias o temporales, como la cosoberanía. La posición de Madrid, según el acuerdo alcanzado por Rajoy, sería siempre asumida por Bruselas como propia. España tenía por vez primera en 200 años la sartén por el mango, y en su mano estaba ahogar a Londres con la cuestión de Gibraltar, apretar en la negociación para que la posición de España fuera de fortaleza en el siguiente paso para acabar con la anomalía de una colonia que además es un paraíso fiscal. Teníamos la posibilidad de debilitar el estatus de la colonia y la hemos dilapidado.

Reino Unido y España firmaron en diciembre de 1987 un acuerdo sobre la gestión conjunta del aeropuerto de Gibraltar, construido sobre el istmo (nunca cedido por España). Nunca se aplicó. ¿Por qué no se ha recuperado tal acuerdo? ¿Cómo es que el Ministerio de Asuntos Exteriores ni siquiera planteó esa cuestión, dando por buenos y consumados todos los expolios de soberanía (puerto, aeropuerto, aguas, istmo) llevados a cabo por la colonia?

Se levantará la Verja actual y se establecerá la nueva frontera en el puerto y aeropuerto de Gibraltar, controladas y vigiladas por funcionarios europeos de la agencia Frontex, no por funcionarios españoles (Picardo ha dicho la verdad en esta cuestión, en la que el gobierno de Sánchez nuevamente ha mentado a los españoles). ¿Desde cuándo cede España el control de sus fronteras exteriores a funcionarios extranjeros? ¿Es respetuoso eso con las funciones que la Ley de Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado atribuye a policía y guardia civil? ¿Ha dicho algo el Ministerio del Interior en todo esto? ¿Qué ocurrirá con la inspección de aduanas y el control del tráfico económico entre una colonia que es un paraíso fiscal y España? ¿Ha dicho algo la voraz Agencia Tributaria en todo

esto? Quizás sea más fácil perseguir a la clase media española que controlar el blanqueo de la colonia.

Gibraltar entra en el espacio Shengen y se beneficiará de políticas y programas europeos, mientras sigue siendo una colonia del Reino Unido. ¿A cambio de qué? ¿Que recibe España de todo este acuerdo? Nada.

No solo eso: Derribar la verja y eliminar los controles policiales y aduaneros entre la colonia y España significa no solo crear dos espacios de soberanías difusas sino, en el terreno de los hechos, dar vía libre a que el ingente blanqueo de capitales que se mueve en la colonia comience a circular libremente por España y Europa y tenga efectos demoledores inmediatos sobre nuestro país.



¿Cuánto del capital blanqueado en Gibraltar acabará pudriendo empresas, proyectos e instituciones españolas? ¿Cuántos ayuntamientos de la región no caerán en manos de las redes internacionales? ¿Cómo evitar que las mafias que blanquean esos capitales lo hagan circular libremente, una vez derribada verja y sus controles, mediante inversiones fraudulentas y compra de voluntades y partidos, alternado aún más el tejido empresarial y político de la costa del sol y del conjunto de España?

Por otro lado, ¿no tendrá esa eliminación de controles aduaneros un efecto llamada sobre el blanqueo internacional? ¿Cuánto dinero llegará de los circuitos del narcotráfico bolivariano por Gibraltar? ¿Cuántas maletas pasaran, sin necesidad de aterrizar con nocturnidad en Barajas?

Los habitantes de la colonia vivirán en el mejor de los mundos, beneficiándose de su pertenencia simultánea a la Unión Europea y al Reino Unido, y continuando con sus actividades lucrativas basadas en el dumping fiscal y la evasión aduanera. Las 44.000 sociedades domiciliadas en el peñón (que tiene más sociedades que ciudadanos) incrementarán sus dudosas actividades financieras.

El cuento de crear un espacio de «prosperidad compartida» es la finalidad declarada por el gobierno de España del principio de acuerdo firmado con Londres. La realidad es sin embargo mucho más lamentable: los habitantes de Gibraltar seguirán enriqueciéndose con sus actividades opacas e irregulares merced al estatus privilegiado concedido por España, y los habitantes del Campo de Gibraltar seguirán siendo la mano de obra barata que realiza los oficios peor remunerados del Peñón. Y el dinero procedente de muy dudosos orígenes campará libremente por España, pudriendo cuanto toque, que será mucho.

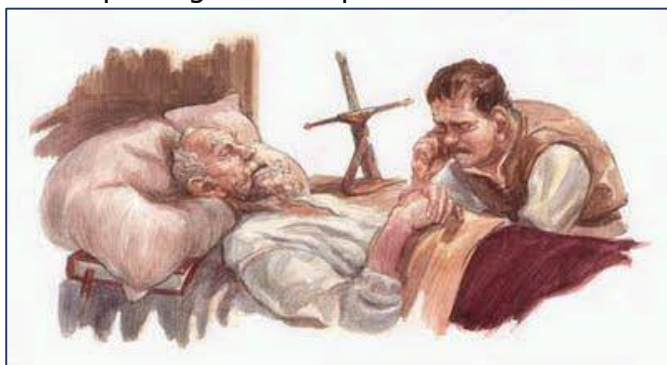
La mayor locura

Juan Manuel de Prada *(ABC)*

Chesterton juzgaba el suicidio «mal definitivo y absoluto», porque a diferencia del asesinato, que mata a otro hombre, el suicidio mata a todos los hombres, aniquila al mundo entero. Cuando rompemos el vínculo con el ser, destruimos espiritualmente el universo.

¿Y qué decir de una época que consagra legalmente este aniquilamiento? No puede ya llamarse civilizada, pues ha entronizado el virus de la desesperación, que cuando se cuele de rondón en las comunidades humanas acaba por gangrenarlas; y que, cuando es entronizado, provoca su disolución en medio de horrores abominables que hoy todavía no podemos ni imaginar; pero que terminaremos probando en nuestras propias carnes, o en las de nuestros hijos. Porque allá donde no se protege el vínculo con el ser, el «derecho a la vida» acaba degenerando en un «permiso para vivir» que concede graciosamente el poder establecido, o la convención social aceptada por las masas cretinizadas.

«No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía», le dice el buen Sancho, llorando, a su amo moribundo. Y en otro lugar, cuando don Quijote siente ansias de morir, por padecer tantas desgracias, insiste Sancho: «Yo, a lo menos, no pienso matarme a mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiera; yo tiraré de mi vida comiendo hasta que llegue el fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor



locura que la que toca en querer desesperarse». Donde se aprecia que, para Sancho, la razón primordial para oponerse al suicidio no es el apego legítimo a la vida (ese apego que nuestra época ya ni siquiera tiene, porque ha dejado de considerarla un don que se recibe con gratitud y se celebra), sino la gravedad intrínseca de la desesperación. Que, en efecto, es «la mayor locura», porque primero destruye nuestra libertad, ofuscan-

dola, hasta destruir también nuestro vínculo con el ser. Y esta desesperación, que es la mayor locura, es la que ahora la chusma de la carrera de San Jerónimo ha consagrado como ley, para destruir definitivamente al pueblo al que previamente convirtieron en masa cretinizada.

Me repugna vivir en esta España terminal que se abraza orgullosa a la mayor locura, aplaudiéndola como si de un avance moral se tratase. Y me refugio en la lectura del Quijote, máximo testimonio de una España heroica que ya no existe, donde sólo se aceptaba la muerte propia como entrega generosa al prójimo. Una España donde se sabía que ya el tiempo «tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se caigan de maduras». Pero España ya no pude mirarse en el espejo de Cervantes; y una España indigna del mejor de sus hijos merece perecer cuanto antes.

Menos sensiblería y más artillería

Eduardo García Serrano *(El Correo de España)*

Nochevieja en la Tele, ¡qué asco, coño! ¡Qué catarata de gazmoñería, qué tsunami de ñoñería! El medio centenar de cansinos payasos de la nómina circense de la democracia acompañados de mazizas poligoneras, medio en pelotas medio vestidas, tal que salidas de un calendario de camionero o de la taquilla de un cosaco, pontifi-

cando naderías, rebuznando consejos y deseos de filantropía de parvulario antes de dar paso al chistoso de turno, a una cantante de lentejuela y gorgorito o a un ñiñato de letras más idiotas que él mismo con voz de consulta de otorrino, porque en el Do-Re-Mi-Fa-Sol-La-Si-Do elemental se le salen las vegetaciones por las orejas sin oído y por la garganta sin voz. En todas las teles lo mismo y en todos los platós los mismos de siempre, apacentando el rebaño con sus celulitis fajadas y su estupidez maquillada de bondadosa tolerancia y de fraternidad de guardería.

Menos sensiblería y más artillería. Hay que armar la voluntad, ponerle espuelas a nuestros pasos, correaje al corazón y cartucheras al alma. De lo contrario todo se disolverá en el almíbar de esa sensiblería que el Sistema despacha a granel, como garrafón cursi de botellón democrático. Esa sensiblería oligofrénica que hace que los españoles lloren por todo: por un gatito atrapado en un vídeo de yutuve, por un inmigrante ilegal con zapatillas Nike y móvil de última generación bailando salsa con las go-go girls de la Cruz Roja, por un aspirante a cocinero expulsado de Master Chef por haber hecho unas patatas bravas con leche condensada, o por una opositora a tertuliana de braga y bidé de Jorge Javier Vázquez, desterrada de una isla sin mapa por no desmochar suficientes cocos para los demás chimpancés del concurso.



Hoy los españoles lloran por todo... y no luchan por nada. Menos sensiblería y más artillería. Menos lágrimas y más coraje. Menos cocineros y más latín. Menos filantropía y más camaradería. Menos Cristinas Pedroches y más Escipiones. Menos payasos de plató y más ingenieros y albañiles que forjen a España en sus muros y en sus aceros. Menos gorgoritos de solista lacio y desmayado y más coro legionario. Menos gemido lastimero y más grito volcánico. Menos meones constitucionales y más Ebros fecundos de bravura. Menos lengua regional y más Cervantes en los pupitres y en las pizarras. Menos aldea y más Patria.

De corderos, valeses y otros fascismos

Jesús Laínz (LD)

Había pensado no escribir nada esta semana. Un poco por la lluvia inclemente, que invita a no sacar la nariz de las sábanas, otro poco por la melancolía de esta Navidad atípica y el poco final por el enojo de desenvainar la pluma cuando lo que pide el espíritu es quedarse callado, había decidido darme una tregua y, sobre todo, dársela a ustedes para que dispongan de más tiempo para leer cosas que de verdad merezcan la pena.

Pero ese invento del maligno de espaldas al cual llevo viviendo toda mi vida con inmensa felicidad ha venido a agujionearme mediante un hermoso documental con el que me to-

pé por casualidad. Pues los únicos programas a los que de vez en cuando echo un vistazo en compañía de mi media naranja son esos documentales de viajes y gastronomía que suelen emitirse a la hora del almuerzo. Ingleses y franceses todos ellos, naturalmente, lo que suele ser sinónimo de calidad y buen gusto.



En este caso se trata de un joven cocinero francés que viaja por el mundo divulgando tradiciones gastronómicas e iniciativas agropecuarias dirigidas a producir alimentos sanos. Hace un par de días dirigió sus pasos al normando Mont Saint-Michel para charlar con un paisano que se dedica a pastorear corderos en las marismas de aquel hermosísimo lugar de la Francia septentrional. La singularidad de aquellas tierras consiste en que, como las mareas las invaden intermitentemente sobre ellas no crecen las hierbas habituales, sino especies adaptadas al agua

salada. Por eso la carne de las ovejas que allí pastan tiene un gusto especial, consecuencia de su especial alimentación.

El entrevistado era un marino retirado que, tras décadas viajando por todo el planeta, regresó a su hogar. Allí ejerce de ganadero y de propietario de un coqueto hotel rural en el que recibe la visita de turistas atraídos tanto por el paisaje y el arte como por la gastronomía de la tierra del camembert y del cordero de las marismas. Cuando el entrevistador le preguntó por qué había decidido ganarse la vida criando aquella raza de corderos, al parecer en vías de extinción, el normando respondió que lo hacía por su familia, por mantener la tradición y por el apego a la tierra de sus ancestros.

Aquel fue el momento en el que me atraganté: ¡familia, tradición y apego a su tierra! ¡Intolerable! ¡Cómo era posible que semejantes palabras fueran pronunciadas por un europeo del siglo XXI y, peor aún, que fuesen emitidas en un horario en el que podrían ser oídas por algún infante inocente e impresionable! ¿Acaso aquel desdichado ignoraba



que la familia es una institución reaccionaria de la que debemos liberarnos para alcanzar nuestra autonomía como individuos, que responde a un diseño falócrata y heteropatriarcal construido para subyugar a la mujer y que los hijos no son de los padres sino de un Estado que decide lo que han de estudiar, lo que deben pensar y cómo tienen que vivir? ¿Acaso no sabía que la tradición es una rémora que impide el progreso y perpetúa las injusticias heredadas del oscuro pasado? ¿Acaso consideraba que el apego a la tierra es un valor defendible a unas alturas

de la historia en las que toda la gente leída y escrita sabe que no hay más patria que la Humanidad, que la tierra es del viento, que nadie es extranjero y que el patriotismo es el último refugio de los canallas? Un fascista, sin duda, el señor de los corderos.

Tan fascista como esos austriacos que, un año más, se empeñan en mantener viva la tradición del Concierto de Año Nuevo. Llegados a este párrafo, no me queda más remedio que hacerles una confidencia. Los únicos valsos que suelo escuchar a lo largo del año son los de *El caballero de la rosa*, ajenos al repertorio habitual, centrado en las obras de los Strauss vieneses y compositores similares, pero cada 1 de enero intento no perderme el concierto. Y mi reacción es siempre la misma. La sonrisa no me abandona durante todo el concierto, un prodigio de belleza, elegancia y alegría. Pero hacia el final, sobre todo con *El bello Danubio azul*, la sonrisa se ve sustituida por la congoja. Y es que cada año me salta al cuello la evidencia de que ese concierto, esa orquesta, esos instrumentos, esa música, no son más que un irreal reflejo de un mundo que ya no existe; un fogonazo de otra época que nos recuerda lo que fue la Europa de ayer y nos tortura por nuestra estupidez de hoy.

Hablando de los Strauss, comencé el vírico 2020 con un susto musical de ultratumba, pues en un periódico cuyo nombre me empeñé en olvidar leí que el autor de la Marcha Radetzky, Johann Strauss padre, fallecido en 1849, «se afilió al partido nazi y realizó numerosas obras para ensalzar su ideario antisemita y xenófobo».



Y tras aquel susto inaugural, el año concluye con una curiosa agitación beethoveniana proveniente de USA como efecto colateral de la hipócrita histeria racial desatada por los saqueadores progresistas. Porque, en el afán de barrer la civilización occidental, fuente de todo mal, se ha añadido al genio de Bonn, precisamente durante su 250º cumpleaños, a la lista de los eliminables. ¿El motivo? Pues que algunos musicólogos, profesores y otros juntaletas han decretado que Beethoven es pieza central del supremacismo blanco, eurocéntrico

y machista que ha mantenido fuera del Olimpo musical a las mujeres y los miembros de otras razas. Porque ahora resulta que en el mundo de la música impera un racismo institucional evidente ya desde la mera enunciación de los autores: mientras que basta decir el apellido de Beethoven, de Wagner o de Brahms para identificarles, a Perico el de los Palotes, Perica la de las Pelotas, Periquito el de los Pitos y otros compositores y compositoras caracterizados por su condición de negros, mujeres u homosexuales –y sobre todo, aunque curiosamente no se añada, por haber producido pentagramas escasamente conocidos en sus respectivas casas a la hora de comer– hay que señalarles por sus nombres y apellidos completos. Esta distinción onomástica, según estas luminarias de la progresía yanqui, es síntoma de sexismo y de supremacismo blanco, ya que, como todo el mundo sabe, el canon musical occidental está integrado, casi en exclusividad, por hombres blancos muertos. Y, claro, de ahí a Auschwitz no hay más que un paso.

Al genial sordo le han colgado el sambenito de personificar mejor que nadie el privilegio blanco y macho. Según se ha llegado a afirmar, su quinta sinfonía es especialmente culpable por representar en sonidos la lucha del hombre contra el destino adverso, lo que implica una eyaculación creativa exaltadora de la opresión del varón blanco sobre las demás criaturas. Insoportable para las orejas actuales. Aunque tampoco deberíamos sorprendernos demasiado: en los años ochenta hubo una dizque musicóloga, de cuyo nombre mejor no acordarse, que proclamó que la novena sinfonía beethoveniana representa la rabia de un violador impotente.

Un panorama desolador: tradicionalistas, patriotas, falócratas, heteropatriarcas, reaccionarios, racistas, homófobos y machistas. Estamos rodeados. ¡Alerta antifascista!
